

EL TIEMPO VIVIDO

CONOR O'CLERY



El zapatero y su hija



UNA MEMORIA FAMILIAR DE GENTE
COMÚN EN TIEMPOS EXTRAORDINARIOS

CRÍTICA

CONOR O'CLERY



El zapatero y su hija

Una memoria familiar de gente común
en tiempos extraordinarios

Traducción castellana de Silvia Furió

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2020

El zapatero y su hija. Una memoria familiar de gente común en tiempos extraordinarios
Conor O'Clery

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Shoemaker and His Daughter*

© Conor O'Clery, 2018

Publicado por primera vez como *The Shoemaker and His Daughter* por Transworld Publishers, parte del grupo Penguin Random House.

© de la traducción, Silvia Furió, 2020

© de los mapas, Michael O'Clery, 2018

Todas las imágenes son cortesía del autor y de la familia Suvorov, a menos que se indique lo contrario.

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-244-8
Depósito legal: B. 11.727-2020
2020. Impreso y encuadernado en España por Limpergraf

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

El jardín negro

Antes de convertirse en soldado, Nerses Gukasián, descendiente de una familia noble armenia, ejercía de juez. El padre de Marietta, un hombre alto y circunspecto de ojos penetrantes, presidía el tribunal popular de Martakert, una ciudad situada en la parte norte de un enclave armenio autónomo llamado Nagorno Karabaj, dentro de la República Soviética de Azerbaiyán, tradicionalmente musulmana. El nombre de Nagorno Karabaj puede traducirse *grosso modo* por «Jardín Negro Montañoso», aunque sus densos bosques de hayas y sus pastos convierten el lugar en una especie de verde oasis entre la seca llanura de Azerbaiyán y las cimas nevadas de las montañas armenias.

Nacido en 1902 en Martakert, Nerses estudió derecho en la capital de Azerbaiyán, Bakú, y después se unió al Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). A los veintipocos se casó; tuvo cuatro hijos: tres chicas, Siranush, Haikanush y Greta, y un chico, Alyosha. Su esposa murió después del cuarto alumbramiento.

En 1937, a los treinta y tantos, se casó por segunda vez. Su nueva esposa, Farandzem Shatirián, una belleza de veinticinco años que reside en la misma ciudad, de espesa cabellera negra, labios carnosos y grandes ojos almendrados, también había estado casada antes y tenía una hija llamada Lena.

Farandzem era una joven de mente independiente. Se divorció de su primer esposo porque este la maltrataba. Pocas mujeres en una sociedad patriarcal como la suya en el Cáucaso habrían tenido el coraje y la determinación de alejarse de un marido violento. Ella y Nerses comparten ideología,

puesto que Farandzem es también miembro del Partido Comunista. Quizá su unión sea fruto en un primer momento de este compromiso común. Sin duda, la joven se enamora profundamente de Nerses, porque casarse con él implica hacerse cargo de cuatro hijastros, mientras deja a Lena, de cinco años, en manos de su madre, que la convence de que es lo mejor para la niña. Por otro lado, el juez no querrá más niños en la casa, sobre todo cuando él y Farandzem empiecen a tener su propia descendencia. El caso es que Nerses no la anima a que traiga a Lena al hogar familiar. Quizá piense que ya es suficiente pedir a sus hijos que acepten a una madrastra. El acuerdo matrimonial le va de perlas tal como está planteado: gana una esposa bella y trabajadora diez años más joven que él y proporciona una nueva madre a sus hijos para que atienda sus necesidades domésticas. Farandzem echa mucho de menos a Lena y va a visitarla cada vez que tiene ocasión a casa de su madre, que no vive demasiado lejos, por lo que puede ir a pie. Al mismo tiempo, asume diligentemente el rol de madre sustituta de los hijos del juez, que todavía lloran a su verdadera madre y que ahora se encuentran de repente con una rival en el afecto paterno. Nunca llegan a aceptarla del todo en la familia, sobre todo la hija mayor. En la cultura armenia es costumbre que los niños llamen «madre» o «mamá» a su madrastra, pero ninguno de los hijos de Nerses lo hizo jamás. Para Farandzem, el hecho de que ni su marido ni sus hijos inviten nunca a Lena a su casa, ni siquiera para una visita, es motivo de gran aflicción.

Un viernes, el 24 de marzo de 1939, Farandzem da a luz una niña. La llaman Marietta, y sería su única hija en común. Los hijos de Nerses, emocionados con su media hermana recién nacida, crean por fin una cierta afinidad con su madrastra, cuya presencia en el hogar de su madre fallecida ha sido difícil para ellos. En el aspecto material, la vida de los Gukasián resulta cómoda. El juez ha construido una bonita casa en Martakert, una ciudad importante que se extiende por las faldas de las colinas, con largas carreteras y estrechas calles adoquinadas, donde las casas más antiguas lucen tallas ornamentales. La suya es una vivienda típica de la región,

dos pisos de altura con un porche que rodea la planta superior, y se sitúa en un patio cercado con un gran huerto en la parte trasera para cultivar verduras, especias, árboles frutales y uvas. Tiene cuatro dormitorios y una cocina alargada de techo bajo con un fogón de leña, donde todos comen y se reúnen. Se iluminan mediante lámparas de aceite y velas. El agua la obtienen de un pozo, y alimentan el fogón con troncos de madera de haya.



Farandzem, a la izquierda con un miembro de su familia, a los veinticuatro años, poco antes de casarse con Nerses. 1937.

Su nivel de vida en este lugar del Cáucaso, con su característico clima de tipo mediterráneo, está muy alejado de las condiciones miserables que padecen los millones de ciudadanos soviéticos que viven en abarrotados apartamentos comunitarios en las ciudades del norte o en los pueblos ucranianos devastados por las terribles hambrunas de comienzos de la década de 1930. Puede que las estanterías de las tiendas estatales de Martakert a menudo estén vacías, pero, para su marido y los niños, Farandzem siempre puede poner en la mesa alimentos cultivados en casa, como tomates, judías, le-

chugas, remolachas, berenjenas y pepinos, servidos con tortas de pan ácimo rellenas de estragón, y, en ocasiones, una trucha de aleta roja de los cercanos y caudalosos ríos Tartar y Khachen, o huevos de las gallinas y patos que corren por el patio trasero. En el mercado de Martakert nunca escasean granadas, higos, moras, albaricoques, almendras y ciruelas.

Gracias a la ayuda de sus familiares, Nerses y Farandzem elaboran su propio vino tinto con las uvas khendorni, cuyos grandes racimos penden de las parras que se encaraman por encima de la mesa que tienen en el exterior. Los parientes se unen también para recoger moras, de las que se destila el vodka local, *tutovka*, de color verde amarillento y olor penetrante, conocido en toda la región por sus potentes efectos.

Si alguna ventaja tienen sobre sus vecinos por ser miembros del Partido Comunista es la de enterarse con antelación de la llegada de artículos al *gastronom*, nombre que recibe el feo edificio de cemento y cristal de la tienda de provisiones en el centro de la ciudad. Esta clase de información interna es muy apreciada en toda la Unión Soviética, donde productos básicos como la harina y el azúcar escasean de manera crónica. Restringida toda empresa privada, las tiendas dependen de los envíos procedentes de los almacenes estatales. Las mercancías se agotan en el instante en que aparecen, de modo que hay que conocer con antelación su llegada para ponerse a la cabeza de la cola o tener muy buena relación con el tendero para comprar por la puerta trasera.

Algunas veces, el juez y su joven esposa viajan a Stepanakert, a cincuenta kilómetros al sur, por una carretera sin asfaltar transitada por carretas tiradas por mulas y obstaculizada por inmensos rebaños de ovejas. Allí podemos imaginarlos saboreando el típico *jengyalov hatz* —un pan fino sin levadura horneado con veintiuna especias y verduras diferentes— en el *sahooka*, el mercado cubierto de la ciudad, o paseando por las anchas avenidas y disfrutando de la cultura, quizá incluso asistiendo a representaciones en el nuevo y elegante teatro bautizado con el nombre del gran actor shakespeareano Vahram Papazián, salvo en invierno, porque al no tener calefacción, está cerrado.

Cortesía de Sergey Advalian.



Postal de Martakert. 1970.

En Stepanakert asisten también a mítines de la filial de Nagorno Karabaj del Partido Comunista de Azerbaiyán, una de las ramas constituyentes del PCUS. Se celebran en el edificio del partido, sito en la plaza Lenin, un vasto espacio dominado por una gigantesca estatua del fundador de la Unión Soviética con un brazo extendido que señala el brillante futuro del comunismo. Ambos son destacados miembros de la formación política. Farandzem pertenece a esa clase de personas que siempre están implicadas en asuntos sociales, organizando y ayudando. Antes de cumplir los treinta, la nombran segunda secretaria del partido a tiempo completo en el distrito de Martakert, que cubre 1.800 kilómetros cuadrados, cuenta con una población de 20.000 habitantes y abarca 57 pueblos, 20 escuelas secundarias y varios hospitales. Es un puesto similar al de teniente de alcalde, puesto que esta organización política tiene la última palabra en los asuntos locales y de plantilla. Farandzem dispone de una oficina en el edificio del partido en la plaza central de Martakert, y por su trabajo ha de desplazarse a los lugares más alejados del distrito. Por lo menos dos veces al año viaja a Bakú para asistir a reuniones plenas de la organización.

Tanto ella como el juez forman lo que hoy en día podría calificarse de pareja poderosa. Farandzem es responsable de supervisar la actividad del partido en Martakert, mientras que el trabajo de su marido consiste en juzgar a aquellos ciudadanos considerados culpables de actividades contrarias a la formación política, como la especulación.

Al visitar Karabaj décadas después, me pregunté qué fue lo que propició que Nerses y Farandzem se hicieran miembros del partido. Los armenios son gente de mentalidad independiente con tendencia empresarial y una larga historia de propiedad de tierras y pequeñas granjas, con una tradición cristiana que se remonta a varios siglos atrás. Sin embargo, cuando el gobierno bolchevique llegó a Azerbaiyán, incluido Nagorno Karabaj, en 1920, los comisarios actuaron de forma implacable para colectivizar las fincas más grandes y suprimir la religión. Se cerraron 220 edificios religiosos entre iglesias y conventos de Karabaj y muchos sacerdotes fueron ejecutados o enviados al exilio.

Aquello fue un golpe mortal para la cultura e identidad armenias. La Iglesia Apostólica era un elemento fundamental en la vida de los armenios por su arquitectura, lengua y música únicas. La denominación de «apostólica» se debe a la creencia de que fueron los apóstoles Bartolomé y Tadeo quienes llevaron el cristianismo a los armenios en el siglo I. Algunos de los ejemplos más bellos de este arte se encuentran en el monasterio de San Juan Bautista en Gandzasar, de setecientos años de antigüedad, una obra maestra de la antigua arquitectura armenia, situado sobre un promontorio rocoso en la región de Martakert. Bajo su puntiaguda cúpula y techos de piedra abovedados se hallan las supuestas reliquias de san Juan Bautista, a quien se le atribuye numerosos milagros. El monasterio tiene un excepcional *khachkar*, una losa de piedra tallada característica del arte cristiano armenio medieval, que representa una cruz sobre un disco solar. El monasterio de Dadivank, en las montañas que se extienden al oeste de Martakert, es famoso por su doble *khachkar* sobre un campanario conmemorativo.

Es posible que los padres de Marietta, como otros muchos armenios, decidieran aceptar y trabajar dentro del nue-

vo orden porque creían sinceramente en la promesa de una vida mejor a través de la propiedad social de los medios de producción, de la educación de las masas y la liberación del proletariado de la explotación capitalista. Por otro lado, puede que fuera simplemente un medio de progresar en sus trayectorias profesionales. Sin embargo, la historia proporciona otro motivo hartamente convincente: el gobierno bolchevique prometió estabilidad tras un período de guerra y agitación en el que los armenios sufrieron un baño de sangre sin precedentes.

Nerses tenía dieciocho años cuando los comunistas tomaron el control en 1920, y, como estudiante de derecho en Bakú, se encontró inmerso en el fervor revolucionario de la época, que sin duda influyó en su creencia en el modelo socialista. Pero lo más importante es que debió de conocer lo ocurrido cinco años antes, cuando tenía solo trece. Tuvo que haber oído historias de padres fusilados delante de sus hijos, de cuerpos abandonados al sol secos como ciruelas pasas, de bebés arrancados de los brazos de sus madres y estrellados contra el suelo en las matanzas masivas conocidas como el genocidio armenio.

Esto ocurrió en el imperio otomano, donde vivía la gran mayoría de la población armenia del mundo. Bajo la amenaza de una invasión rusa durante la primera guerra mundial y por temor al levantamiento de su maltratada población armenia, los gobernantes turcos iniciaron una campaña de exterminio. Un millón y medio de armenios perecieron. Los de Karabaj escaparon al genocidio de 1915 gracias a su geografía, porque vivían fuera del alcance de los militares otomanos, pero no hicieron distinción entre los perpetradores de las masacres y la mayoría de la población musulmana de Azerbaiyán, incluidos sus propios vecinos azeríes, a los que todavía hoy llaman turcos. Y una vez terminada la guerra tuvieron sus propios episodios de matanzas masivas, aunque a menor escala, mientras las recién creadas repúblicas de Azerbaiyán y Armenia combatían por Nagorno Karabaj. El derramamiento de sangre solo acabó después de que el Ejército Rojo estableciera el control de Moscú sobre ambas

36 repúblicas en el verano de 1920, pero entonces se produjo una terrible decepción para la población armenia del controvertido y disputado enclave. Stalin, en calidad de comisario de nacionalidades, decidió que Nagorno Karabaj formara parte de Azerbaiyán y no de Armenia. Una franja de tierra que se extiende hacia el oeste fue cedida más tarde a Azerbaiyán, de manera que Karabaj quedó separada de la Armenia propiamente dicha. En 1923, se creó la Región Autónoma de Nagorno Karabaj dentro de Azerbaiyán, con una nueva capital, Stepanakert, que lleva el nombre del comunista armenio Stepán Shahumián, ejecutado por las fuerzas antibolcheviques.

Los armenios nunca concedieron al Azerbaiyán soviético el derecho a administrar Karabaj, pero no se podía realizar cambio alguno a menos que Stalin lo permitiera. Entre tanto, ambos pueblos, uno cristiano y el otro musulmán, similares en aspecto, modo de vida y temperamento, y sometidos al mismo amo, suspendieron su mortífera pelea.

Esta es la situación política que hereda la generación de Nerses y Farandzem: una relativa paz instalada en el sur del Cáucaso. Los campesinos azeríes y armenios trabajan las tierras codo con codo durante la recolección comunal de la uva y la elaboración del vino. Incluso hay algunos matrimonios mixtos. Los agricultores azeríes acuden a Martakert para vender leche y queso, y los armenios, al mercado negro de la cercana ciudad azerí de Agdam para comerciar con productos básicos. Pese a todo, los armenios y los azeríes de Karabaj habitan en universos paralelos, interaccionan en los límites de sus comunidades, no en el centro. La disputa territorial sigue articulada por los intelectuales e historiadores de Bakú y la capital armenia, Ereván, y los programas para alcanzar una resolución simplemente se aplazan hasta que el poder central se debilite, como sucederá algún día.

No cabe duda de que el tema del estatus de Karabaj está siempre latente en las reuniones del partido en Stepanakert, dominadas por los armenios, y en 1936 sus esperanzas se reavivan. Un superviviente del genocidio de 1915, el primer secretario del Partido Comunista de la República Socialista

Soviética de Armenia, Aghasi Khanchian, de cara redonda, espesos bigotes y negra pelambreira, anuncia que enviará una petición a su camarada, Iósif Stalin, ahora líder indiscutible de la Unión Soviética, para que Karabaj sea anexionada a Armenia.

Enumera todos los agravios a modo de catálogo: la historia de Armenia ya no se enseña en las escuelas de lengua armenia, las iglesias y monasterios medievales sufren un gran deterioro, a veces con la contribución de vándalos azeríes, y la gran afluencia de población azerí ha reducido la mayoría armenia de un 94 a un 88% en los quince primeros años de gobierno soviético. Asegura que los armenios pueden alegar una ascendencia ininterrumpida que se remonta al antiguo reino de Artsaj, dos mil años atrás. Presenta evidencias de una antigua civilización armenia, cuyos vestigios aparecen en abundancia por todo Karabaj, como las ruinas de dos mil años de antigüedad de una fortaleza armenia fundada por Tigranes II el Grande, que fue rey de Armenia cuando esta era la mayor potencia al este de Roma.

Esta petición constituye un acto imprudente justo cuando el dictador soviético está embarcado en una purga contra todos aquellos que reclaman su atención por motivos equivocados. Stalin le pasa el documento a Lavrenti Beria para que se ocupe del asunto como considere conveniente. Beria, de origen georgiano y primer secretario del Partido Comunista Transcaucásico, aprovecha la oportunidad para deshacerse del carismático Khanchian, un molesto rival por su influencia en las repúblicas de las montañas.

El 9 de julio de 1936, Beria convoca a Khanchian a una reunión en una oficina de Tiflis y le acusa de conspirar contra el partido. Aquella misma noche el armenio es hallado muerto de un disparo. Según algunos informes, Beria apretó el gatillo, pero es posible que un desesperado Khanchian se quitase la vida. Los periódicos soviéticos denuncian mansamente que este era un enemigo del pueblo y proclaman su suicidio.

Khanchian es una de las primeras víctimas de la Gran Purga —también conocida como el Gran Terror— instigada



Beria, instigador de la muerte de Aghasi Khanchian, con la hija de Stalin y el propio Stalin al fondo (sin fecha).

por Stalin en todas las repúblicas soviéticas para desenmascarar y eliminar a aquellos que considera espías, provocadores y demás enemigos del pueblo. Controlada por Beria en sus fases finales, la policía secreta ejecuta a 750.000 víctimas en el transcurso de dos años, en su mayoría con una bala en la nuca, por la menor evidencia o por confesiones arrancadas bajo tortura. Entre ellas, hay muchos viejos bolcheviques sospechosos de simpatizar con el rival exiliado de Stalin, León Trotski, que fomentaba una mayor democratización en el partido. Millones de personas mueren en campos de prisioneros.

El ejecutor de la matanza de Azerbaiyán es la mano derecha de Stalin en Bakú, Mir Jafar Baghirov, un antiguo maestro de escuela, de párpados caídos y con un bigote a lo Hitler, que ha ido trepando por los distintos rangos de la policía secreta hasta convertirse en primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de Azerbaiyán. Camaradas conocidos de Nerses y Farandzem empiezan a desaparecer cuando Baghirov organiza la eliminación de 70.000 personas, azeríes y armenios por igual, incluidos miembros de la intelectualidad y de la vieja guardia comunista. Podemos

imaginar la aprensión de los recién casados de Martakert en las reuniones del partido celebradas en Bakú, a las que asisten juntos durante 1937 y 1938, bajo la atenta mirada de Baghirov. Cuánto deben temblar por la noche mientras aguzan el oído ante el sonido del motor de un coche y los portazos en la puerta, que pueden significar la prisión o la ejecución. Quizá, como muchos en una situación similar, tengan una maleta de cartón preparada con lo indispensable para sobrevivir en la cárcel. El propio Nerses es de la vieja guardia, contaminado por su relación con amigos de la universidad que ascendieron los peldaños del partido y que están siendo ejecutados por su asociación con trotskistas. Conoce a Baghirov desde hace tiempo, y Baghirov le conoce a él: cuando se afilió al partido, este era jefe del comité revolucionario de Karabaj.

Entre los armenios de Karabaj depurados hay viejos conocidos de Nerses que han ostentado altos cargos en diferentes repúblicas. Entre ellos, Levon Mirzoyan, que dirige el partido en Kazajistán y comete el error de quejarse a Stalin sobre el maltrato dispensado a un grupo étnico local; Aleksandr Bekzadián, embajador soviético en Hungría, culpable de haber estado en el extranjero (Stalin sospecha de todo aquel que haya visto el funcionamiento del capitalismo); y Suren Sadunts, primer secretario del partido en Tayikistán. Oficialmente, la purga termina en otoño de 1938 con una orden firmada por Beria que cancela la represión sistemática en toda la Unión Soviética y decreta la suspensión de las penas de muerte.

Los años inmediatamente posteriores a la purga son los más felices de Farandzem desde la ruptura de su primer matrimonio. Con el nacimiento de Marietta en 1939, vuelve a sentirse satisfecha como madre y más integrada en el hogar de Nerses. No tarda en incorporarse de nuevo a su puesto de segunda secretaria del partido en Martakert. Europa está en guerra, pero la Unión Soviética ha firmado un pacto con la Alemania nazi y la paz reina en su rincón del mundo. El respiro no durará.